



“Quédate con nosotros”.

Palabras entrañables que brotan de corazones estremecidos –por lo que han visto y oído- y que se recogen en el Evangelio de este domingo. Nos conducen al corazón mismo de la vida cristiana: **la eucaristía como lugar donde Cristo Resucitado nos interpreta la vida, nos cura la memoria y nos abre los ojos del corazón.**

El camino de Emaús no es un episodio del pasado: es **la estructura permanente de la Misa**. Cada domingo, cada día, la Iglesia revive ese itinerario: caminar con Cristo sin reconocerlo, escuchar su Palabra que arde, sentarse a la mesa, ver cómo parte el pan... y descubrir que Él estaba ahí desde el principio.

♦ **1. “Iban conversando...”: la liturgia acoge nuestra vida real**

Los discípulos caminan **tristes, desorientados, con expectativas rotas**. La liturgia no exige entrar perfectos: **acoge la vida tal como llega**. La Misa siempre comienza así: con un pueblo que trae cansancios, dudas, heridas, preguntas. Y Cristo se acerca. No como un maestro que reprende, sino como un compañero que pregunta: **“¿De qué habláis por el camino?”** La liturgia comienza con esta delicadeza: Dios escucha antes de hablar.

♦ **2. “¿No ardía nuestro corazón...?”**

Jesús no elimina el dolor: **lo ilumina**. Les explica las Escrituras, y la Palabra se convierte en fuego que despierta, purifica, reordena. En la liturgia de la

Palabra, Cristo hace lo mismo con nosotros: nos interpreta la vida, nos revela su sentido oculto, nos muestra que la cruz no es fracaso, sino paso, nos enseña a leer la historia desde la pascua.

La mistagogía de este domingo nos recuerda que **la fe no nace de ver, sino de saborear**. Primero arde el corazón; luego se abren los ojos.

♦ **3. “Quédate con nosotros...”: la súplica que abre la mesa**



Los discípulos no reconocen aún a Jesús, pero **intuyen** que en Él hay vida. Por eso pronuncian la oración más humana y más eucarística: **“Quédate con nosotros, porque atardece.”** La Eucaristía nace siempre de esta súplica. No es un rito automático: es **una mesa abierta por el deseo**. La Iglesia celebra porque necesita que Cristo permanezca, que ilumine la noche, que transforme la mesa en altar, y el pan en presencia.

♦ **4. “Tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio”: el gesto que revela**

Aquí ocurre el milagro: **los ojos se abren cuando el pan se parte**. No antes. No en el camino. No en la explicación. Sino en el gesto eucarístico. La eucaristía es el lugar donde Cristo se deja reconocer: no en visiones, no en emociones, no en ideas, sino **en**

un pan partido, humilde, silencioso, presencia real y sustancial del Salvador del mundo.

Los Padres decían: *“No lo vieron con los ojos del cuerpo, sino con los del corazón iluminado por el sacramento.”* La eucaristía es **la pedagogía del Resucitado**: se oculta para que lo busquemos, se muestra para que lo amemos, desaparece para que lo anunciemos.

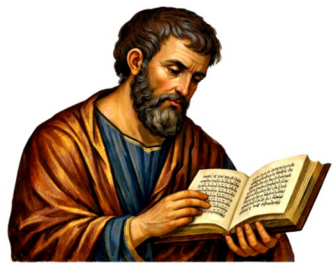
♦ **5. “Se levantaron y volvieron a Jerusalén”: la misión que brota del altar**

El encuentro eucarístico no termina en la mesa: **envía**. Los discípulos, que antes huían, ahora regresan. La eucaristía convierte el cansancio en impulso, la tristeza en anuncio, la noche en camino. Cada Misa termina igual: con un envío que no es despedida, sino **misión**. El Resucitado nos dice: *“Id...anunciad lo que habéis visto, lo que habéis comido, lo que habéis creído.”*

♦ **Conclusión mistagógica**

La eucaristía es **Emaús actualizado**: Cristo se acerca a nuestra vida real. Su palabra enciende el corazón. Su presencia en el pan abre los ojos. Su envío transforma el camino. Hoy, al acercarnos al altar, podemos repetir la oración de los discípulos: **“Quédate con nosotros.”** Y Él se quedará. No solo en el pan consagrado, sino en el corazón renovado de quienes lo reciben agradecidos





La oración de la Iglesia:
miel en el alma.

Semper exsultet popu-
lus tuus, Deus, reno-
vata animæ iuventute,
ut, qui nunc lætatur in

adoptionis se gloriam restitutum, resurrectionis
diem spe certæ gratulationis expectet.

Traducción oficial del misal romano

QUE tu pueblo, Señor, exulte siempre al verse re-
novado y rejuvenecido en el espíritu, para que todo
el que se alegra ahora de haber recobrado la gloria de la
adopción filial, ansíe el día de la resurrección con la espe-
ranza cierta de la felicidad eterna.

Comentario mistagógico.

Esta oración pertenece al tercer domingo del tiempo de
pascua y expresa el núcleo de la espiritualidad de la Igle-
sia en estos días: **alegría, filiación, renovación interior y
esperanza escatológica**. Se pide, en esta colecta tomada
del Sacramentario Veronense (s.VI), algo muy profundo:
“*renovata animæ iuventute*”, una juventud del alma que
solo Dios lo puede hacer.

1. La juventud del alma: un don pascual

El salmo dice que Dios “*renueva como de águila nuestra
juventud*” cfr sal 102/103, 5. La pascua no solo perdona:
rejuvenece. Rejuvenece la mirada, que vuelve a ver la
vida como posibilidad y no como carga. Rejuvenece el
corazón, que deja de calcular y se atreve a amar. Rejuvenece
la esperanza, que ya no teme el futuro porque sabe que Cristo
lo ha llenado de resurrección. Esta juventud no es ingenuidad:
es la madurez del que tiene la experiencia de la tumba vacía.

2. La alegría de la filiación

La oración continúa: “*qui nunc lætatur in adoptis*”. El
bautizado no es un invitado ocasional en la casa de Dios:
es hijo. Y la alegría del hijo no nace de lo que hace, sino

de lo que es. Por eso la Iglesia, en pascua, nos invita a
recordar nuestra identidad: no somos esclavos del
pasado, ni prisioneros de nuestras heridas, sino hijos
restaurados en la gloria, que no es un brillo exterior:
es la dignidad interior de quien ha sido tocado por la
luz de Cristo resucitado.

3. Resurrectionis diem spe certæ gratulationis ex- spectet

La oración concluye invitándonos a esperar el día de
la resurrección con una esperanza cierta -**spe certæ**- y
con el corazón abierto a la gratulación, ese gozo
agradecido que brota cuando Dios actúa.

No esperamos, por tanto, a oscuras, sino con certeza.
No aguardamos con miedo, sino con gratitud
anticipada. La resurrección no es un deseo incierto,
sino una promesa firme que ya ilumina nuestro
camino. Y pedimos vivir así: mirando hacia adelante,
sostenidos por la esperanza, y preparados para el
júbilo que Dios nos dará. Esto hace que el cristiano
viva entre dos amaneceres:

- El del sepulcro vacío.
- El del final, cuando Cristo será todo en todos.

La esperanza cristiana no es un optimismo psicoló-
gico: es la certeza de que la última palabra no será la
muerte, ni el fracaso, ni la injusticia, sino la re-
surrección, y cada eucaristía es un anticipo de este
triumfo. Cada acto de perdón es un fragmento de cielo
que se abre. Cada gesto de caridad es una grieta por
donde entra la luz del Reino.

Por eso la Iglesia pide que “*siempre exulte/semper
exsultet*” el pueblo de Dios. No porque todo vaya
bien, sino porque Cristo vive. Y donde Él vive, la
alegría no es un sentimiento: es un sacramento.



**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

**CATEDRAL
DE OVIEDO**



III DOMINGO DE PASCUA "A"